

Las cuatro estaciones

Carmen de la Rosa

Primavera

Enjambres de lenguas enamoradas liban entre los pétalos de la vulva de la mujer flor.

Pesadilla de las noches de verano

Atraviesa con zumbido de helicóptero la ventana abierta, un peluche adorable revoloteando en el techo del salón, golpea con sus patas traseras el retrato de la abuela: lluvia de cristales y bolas de excremento sobre la alfombra persa. Papá le lanza una zapatilla, *zas*, apenas roza su cola, se desprende una nube de pelusa. El conejo mosquito se enfurece, roe las cenefas de papel pintado, taladra las cornisas con sus dientecillos, bate sus alas y temblequean las lágrimas de la araña que cuelga sobre la mesa del comedor. Mamá grita, los niños lo persiguen con cazamariposas, saltando por encima de cómodas y aparadores. Acorralado, ensarta

su aguijón en el ombligo del abuelo y escapa enseguida a la oscuridad del jardín. Mientras, el abuelo se desangra sentado en el sofá al igual que, el verano pasado, su difunta esposa.

Otoño glacé

Noventa y siete otoños ha vivido madame Pigalle. El de este año es un collage espléndido de hojas amarillas, ocres y rojizas derramadas sobre los campos y el asfalto de las carreteras. Bajo los castaños, hay cientos de vainas abiertas como una invasión de puercoespines vegetales que alfombran su jardín. A través de la ventana entreabierta del salón puede oler la tierra húmeda y el aire aún puro de Normandía. ¡*Ab, qué delicia!*, en su lengua casi centenaria estalla el sabor del otoño, concentrado en un marrón glacé; treinta años sin probar uno, *prohibición total por su diabetes, madame*, le había aconsejado el doctor Bourgeois. Y ella lo había cumplido a rajatabla hasta ahora. Madame Pigalle despliega con sus dedos crujientes pero aún hábiles el último papel dorado de la caja, los otros diecinueve relucen como monedas de un tesoro pirata sobre la manta que cubre sus rodillas. Cuando aparece aquella exquisitez en forma de diminuto cerebro caramelizado, cierra los ojos y aspira el aroma de la felicidad antes de llevárselo a la boca. ¡*Ab, qué muerte tan dulce!*

Inviern

En los armarios las polillas roen las cuerdas de la balalaika, la humedad pudre los abrigos de piel de zorro y el moho verdea las botas de nieve. Afuera, un torrente de lluvia monzónica se desliza sobre el tejado de la dacha, día sí, día no, desde hace meses. Al calor de la estepa encharcada han florecido amapolas rojas entre los esqueletos de los extintos osos polares y nubes de mosquitos zumban, de la mañana a la noche, sobre el óxido de los trineos inservibles. Aún seguimos sin noticias del sur.